

Nota 5

Tepito, Ciudad de México, viernes 16 de junio de 2017

Decidí hacer caso omiso, deliberadamente, de la instrucción de Iván y no regresar la noche del jueves, deduciendo que algo muy parecido a lo ocurrido el miércoles podría volver a pasar. Mi razonamiento es que en la esquina se consumen sustancias permanentemente y desde horas muy tempranas —lo que he constatado en mis observaciones—, y que toda esa labor de consumo se va acumulando a lo largo del día, lo que seguro hace mella tanto en el comportamiento como en la conciencia de mis posibles informantes. Si la relación de entrevista ya era difícil de entablar en el día, la noche prometía todavía mayores complicaciones.

Me presenté en la esquina grafitada el viernes por la mañana. Beto estaba sentado en la banqueta e Iván en su silla metálica plegable. Estaban frente al taxi Tsuru que había observado el día que los conocí y esta vez usaban el cofre como una mesa mientras desayunaban. En él se apreciaban unos platos de unicel con chilaquiles y restos de pan. Yo decidí recargarme en la puerta trasera del Tsuru y comenzar a platicar. Iván se disculpó conmigo por la noche del

miércoles y explicó que, como pude apreciar, estaba muy ocupado, lo que parece una suerte de paradoja, porque en realidad no parecía que estuvieran haciendo nada que no fuera hablar, pero eso reforzaba la idea de que él y sus acompañantes discutían algún tipo de transacción importante.

Beto lucía particularmente sonriente este día. Se levantó de un brinco de su lugar en la banqueta y se estiró; giró hacia nosotros con los brazos todavía en el aire y gritó:

—¡Hoy es viernes! ¡Es viernes de ponernos hasta la madre!

—En esta esquina siempre es viernes, carnal —respondió Iván, y todos soltamos una sonora carcajada.

De pronto apareció el hombre rapado y con lentes de armazón blanco que estaba con ambos el día que los conocí. Lo llamaban Lobo, traía una Coca-Cola de medio litro para acompañar el desayuno de chilaquiles y se la ofreció a Iván, haciendo gestos de exagerada deferencia:

—Tómele, patrón —dijo Lobo.

—No, tómale tú —respondió Iván.

—Usted dije, patrón —mientras destapaba la botella y se la daba. Iván le dio un trago y después me la pasó a mí.

—Toma.

—Gracias —le di un sorbo y le regresé la botella.

—Así es esta esquina —me dijo Iván—, todo para todos.

De pronto llegó una mujer. Morena, delgada y de cabello castaño —arreglado en una cola de caballo—, debía rondar los 30 años de edad, vestía pants y playera de algodón rosa. Venía acompañada de cuatro niños pequeños; todos tendrían menos de 6 años y parecían ser sus hijos. La joven interpeló a Iván:

—¡Míralo, pinche desaparecido!

—¡Brujo! ¡Eres un pinche brujo! —se giró Iván hacia Beto; según parece, su asistente había predicho que la mujer iría a buscarlo en cualquier momento de la mañana. Se llamaba Mariana.

—Pásate, pásate a la oficina —le dijo Iván, y todos reímos, incluida la mujer.

—Uy —respondió, e hizo una pantomima como si entrara a un lugar de suma solemnidad mientras se acercaba a nosotros.

Según la conversación, la noche anterior Mariana y los niños habían ido a buscar a Iván al hotel en el que se quedaba. Por ella es que averigüé cuál era, un detalle que Iván había preferido reservarse. La mujer preguntó por Iván en la recepción y, a pesar de ser un huésped permanente, nadie le dio información alguna ni de él ni de la habitación en la que se quedaba ni de su paradero, lo que me recordó mi desencuentro con la señora Tere.

Al no encontrarlo, Mariana rentó una habitación en el mismo hotel y el administrador la mandó al último piso.

—¿Pero tú dónde te quedas? —le preguntó ella a Iván, y él, todo un especialista en escabullirse, respondió elusivamente:

—Abajo, me quedo abajo. Y le explicó que quizá no lo encontró porque hay días en los que ya entrada la noche, y fuera de su horario de trabajo, regresaba a la esquina a “fumarse un toque”⁷ con los muchachos, lo cual parecía indicar que el consumo se extiende hasta altas horas de la noche.

Mariana agregó que tenía que arreglar unos pendientes pero que quizá regresaría por la tarde, y se despidió de Iván.

Justo cuando íbamos a reanudar la conversación, Beto gritó:

—¡Herbalife!

Iván se levantó de su silla, porque era uno de sus clientes, un hombre de mediana edad que conducía una camioneta verde que justo llevaba una estampa de la marca naturista en uno de sus vidrios, y me dijo:

—Si quieres siéntate en mi silla —pero yo decliné la oferta, me senté en la banqueta y fue Beto quien decidió ocupar el lugar vacío. En cuanto se fue, comenzó un cuchicheo acerca de la situación con Mariana, que empezó con un comentario de Lobo.

⁷ Cigarro de marihuana.

—Tiene razón el Iván, güey. Pareces pinche brujo, bien que sabías que esa ruca iba a regresar.

—A huevo, pues yo les dije que ésa era su tirada, se quería quedar con Iván nada más para ahorrarse lo del hotel —lo que a juzgar por el gesto de Beto implicaba intercambiar la estancia por favores sexuales.

Otra camioneta, esta vez azul, pasó frente a nosotros y el joven que la conducía saludó amablemente a Beto, quien nos explicó que era un amigo de la secundaria:

—Pero él si le echaba ganas, yo me subía al último piso para ponerme a fumar piedra⁸ —me contó que tiene sólo tres amigos de su época escolar y que los otros dos son un joven que vive en límite norte del barrio— pero sí tú crees que yo ando fumado, deberías ver a ese carnal. El otro es un joven que migró a Nueva York.

Lobo, implicando que estaba exagerando, hizo un comentario sarcástico:

—A Londres, Beto. Yo digo que se fue a Londres.

—¡No es mamada, güey! ¡De verdad se fue a vivir a Nueva York!

—respondió riendo.

⁸ Al *crack* también se le conoce como piedra. Consiste de una mezcla de clorhidrato de cocaína con bicarbonato de sodio y se fuma (a diferencia de la cocaína en polvo, que se inhala).

Un hombre que al parecer estaba al frente del local de chatarra, a unos pasos de nosotros, había salido a fumarse un cigarrillo y se paró justo detrás. Ya entrado en años, quizá pasaba de los 60, con el cabello completamente blanco, la barba también cubierta de canas, llevaba unos lentes de armazón redondo y muy pequeño que le daban un aspecto más avejentado a su rostro, en contraste con el resto de su macizo cuerpo. Vestía *jeans*, una playera blanca de algodón, botas de trabajo y una faja de cargador negra con tirantes. Su nombre, Efrén.

Beto empezó a contarnos que la noche anterior Iván se había peleado con un hombre al que apodaban el Chaquita, aunque aparentemente no llegaron a las manos. Lo que le parecía más divertido de la anécdota es que habían discutido por “una mamada”. El Chaquita le dijo a Iván que tomara de una Coca-Cola que compartían y a Iván no le agradó el tono de su compañero de fiesta.

—¿Cómo ves que no le voy a tomar? —respondió dando pie al conflicto.

Después del incidente, Chaquita agregó, al parecer con un tono infantil:

—Mañana voy a hablar con Iván y le voy a decir que, si ya no quiere ser mi amigo, le dejo de hablar y ya —la anécdota provocó risa en todos los presentes, pero se prestó a la reflexión. Efrén continuó mientras fumaba su tabaco:

—Yo ya les he dicho que cuando el Iván ya anda fumado se le va el pedo
—y Beto replicó:

—¿Verdad que sí, don Efrén? —y yo pensé que mi decisión de ya no presentarme de noche había sido completamente acertada.

Iván regresó después de haber cerrado su transacción y me pidió que volviera el martes para seguir con la entrevista. Yo le dije que sí, pero que acudiría el lunes por la mañana para recordarle de nuestra cita y así evitar que volviera a dejarme plantado. Él accedió, le pareció una idea prudente y asintió con la cabeza en repetidas ocasiones, como si al fin estuviera yo entendiendo algo de su dinámica de trabajo.